

LOS MALES DEL TEATRO

La agresión al espectador.

Secuenciación de una supuesta representación teatral

Primero fue la provocación, epatar al burgués, echarle de los teatros; luego, la participación: el público tenía que participar, intervenir en cualquier hecho artístico, en este caso el hecho teatral, para rematar o completar la falta de concreción, la improvisación más o menos creativa, y en muchos casos, la tomadura de pelo. Y por si esto fuera poco, ahora, se le agrade. Sobre esto ya apunté algo en mi anterior comentario sobre *Los males del teatro*, pero ahora no tengo más remedio que insistir, al relatar lo que viví días pasados en una sala de las llamadas “alternativas”. Por cierto, alternativas, ¿de qué? ¿A qué?... ¿El teatro tiene alguna otra alternativa que no sea teatro? ¿Es éste de la alternativa más teatro que el de las salas que no lo son? ¿Menos?... ¿Diferente?... A la larga, me temo, sólo existen dos tipos de teatro, el bueno y el malo, el que es y el que no es, independientemente de donde se haga, y de cual sea la titularidad de la sala. Todos los caminos llevan a Roma y lo demás, ganas de marear la perdiz.

Antes de entrar, y para que nos fuéramos preparando, ya nos obsequiaron con un cuarto de hora de retraso, a pie tieso por más señas. Una vez dentro, al fondo de un escenario vacío, estaban, a la manera de solemne tribunal, tres señores, casi iguales los tres, vestidos de negro, sentados, muy estáticos, frente al espectador, ante una mesa alargada cubierta con tapete igualmente negro, donde estaban los mandos para el espectáculo de imagen y sonido, de eso que íbamos a andar tan sobrados. Empecé a temerme lo peor.

Y empezó el primer asalto:

El escenario empezó a llenarse de imágenes de la Segunda Guerra Mundial y concretamente, me pareció, no se veían bien al estar proyectadas en el suelo y no frontalmente, de las campañas ruso-alemanas; pero todo ello de manera confusa, formando continuos remolinos, mientras la música empezaba a deleitarnos a decibelios.

Cuando los ojos nos hacían chiribitas de tanto bombardeo visual, el actor, un muchacho joven, vestido también de negro, saltó al escenario, se colocó sobre las imágenes que, como confusa y mareante alfombra, se revolvían por el suelo, cogió un micrófono de pie, y al más puro estilo de un cantante de rock, empezó a gritar, sí, a gritar, acto ampliado adecuadamente por el micrófono, el monólogo que ingenuamente pretendíamos oír, lo cual resultaba bastante imposible en aquella confusión de música, es un decir, y profusión de imágenes con que se nos bombardeaba de manera imparable. Empezaba a sentirme como en la inicial vorágine de una montaña rusa, pero todavía no había llegado lo peor. Todavía, todavía, podíamos escuchar algo, discernir algunas partes, sacar alguna que otra conclusión, hacernos un poco a la idea de qué iba el asunto. Todavía, existía esperanza de asistir a una representación, aunque fuera sesgada y no demasiado ortodoxa; y cuando digo ortodoxa no me refiero a tradicional o a convencional, sino a que en ésta, no se interfiera o dificulte demasiado lo que el autor ha pretendido transmitir. Pero esto que parece tan lógico y simple, a veces, como en este caso, no resulta factible. O a lo mejor era eso.

Al cabo de un rato, de crecientes excesos acústico-visuales, el actor hizo una pausa, se retiró al fondo, y las imágenes pararon. El silencio se hizo, ¡oh milagro!, y con él, el reposo, por un breve, brevísimo tiempo. Pensé entonces, equivocadamente por supuesto, fruto quizás de ese alivio momentáneo, que, a partir de ahí veríamos algo, que lo anteriormente sufrido no fuera quizás más que un prólogo, una especie de pre-calentamiento, de introducción más o menos estruendosa, y que la representación como tal, empezaría después. Nuevo error y nueva esperanza fallida.

Segundo asalto:

Tras el paréntesis, el actor regresó con renovadas energías, y con él toda la parafernalia de ruidos posibles e insoportables, hasta tal punto que no tuve más remedio que taparme los oídos: el actor ya no chillaba, sino que atronaba, y todos aquellos impactantes decibelios, chocaban contra las paredes de la pequeña sala haciéndolas vibrar, retumbando en mi pobre estómago, mientras los ojos se perdían entre el torbellino de la proyección, cada vez más rápido e intenso. El texto, imposible seguirlo; saltaba hecho astillas. Y lo más curioso es que ya no me importaba, tan noqueada me sentía. Pero la agresión visual-acústica no había hecho más que empezar:

Tercer asalto:

De pronto, sin saber por qué, sin comerlo ni beberlo, las luces del escenario se volvieron directa y violentamente hacia nosotros ¡ pobres espectadores!, deslumbrándonos como si fuéramos víctimas de un cruel interrogatorio. ¡ Por eso, por eso, sin duda estaban aquellos chicos al fondo con aires de tribunal! ¿Qué mal habríamos cometido? La sensación era tan desagradable, tan sumamente incómoda, que tuve que coger mi chaqueta y colocármela delante de los ojos; pero surgía un problema: si me tapaba los ojos, no podía taparme los oídos, de manera que unos u otros tenían que soportar el injusto castigo. Así, torturados sin culpa, (tal vez la única fuera haber ido o la de ser inocentes al pensar que podríamos ver algo interesante), permanecemos con los focos ante los ojos, cegados, sin poder ver nada, sin asimilar nada, un buen rato, con nuestros sentidos martirizados como en los infiernos del Bosco. Finalmente, todo llega en este mundo, aquellos focos cesaron de torturarnos, y de nuevo, ¡ oh, maravilla!, se hizo un corte en la acción, y pudimos, después de la paliza, descansar un rato. El actor, por su parte, se marchó al fondo del escenario, se enjuagó la boca y escupió al más puro estilo “ring” Pero, bueno, esto no es nada: he visto vomitar, sí, sí, vomitar en escena, y esparcir sobre el proscenio un pobre cadáver de pollo empapado en agua sucia y alguna que otra lindeza... En estos tiempos teatrales una ve

muchas cosas. Acostumbrarse, lo que se dice acostumbrarse, eso ya es otra cosa.

Tras el breve, brevísimo interregno, o es así como me pareció, entramos en el cuarto asalto que la verdad, fue bastante más llevadero, bien porque lo fuera o porque ya estuviéramos curados de espanto. El actor empezó a desnudarse, no sabemos por qué, ya digo que esta bastante de moda eso de desnudarse, sobre todo ellos, aunque casi nunca responde a nada, (pero al menos resultaba bastante más liviano que el hostigamiento anterior), y se quedó en *slips*, negros también. Así, de esa guisa, tumbado sobre las ráfagas visuales que disparaban imágenes de presidentes norteamericanos, Stalin, el Papa, muchedumbres y escenas bélicas en un *totum revolutum*, lo de siempre que quieren concienciarnos, el actor empezó a soltar incoherencias que en nada parecían tener que ver con lo poco oído anteriormente, de manera que no sabíamos si el monólogo continuaba o era otra cosa, o no era nada, simplemente, incoherencias y frases sueltas, como por ejemplo la perla de que si a la salida del teatro nos saltábamos un semáforo en rojo le haría muy feliz. Yo no sé si le haría feliz o no, pero la verdad es que cuando por fin me vi libre, en plena calle, con la cabeza como un bombo y los ojos enrojecidos, todavía me molestaron al día siguiente, estaba para cualquier cosa; lo del semáforo en rojo, una niñería.

Por cierto, sobre el texto que se supone representaban, no puedo pronunciarlo. Con todo estos excesos acústicos-visuales apenas me enteré; es más, me encontraba tan K.O., tan fuera de combate, que me desinteresé del asunto. Lo que de veras deseaba, era salir de allí. No sé si eso en realidad es lo que se pretende: que el espectador se olvide de lo que se supone va a ver, para ver otra cosa. Menos, por supuesto, el texto de un autor: el autor es algo obsoleto que es preciso liquidar, o al menos, minimizar hasta hacerlo inexistente. Quizás en eso consista la alternativa.

Resumiendo: una hora aproximadamente de tortura, aunque el espectáculo se pretendiera pacifista. Precio, 12 euros. No está mal. Ah, y por supuesto, la agresión, subvencionada. Si no lo fuera, quizás, posiblemente, seguro, no se atreverían a tanto. Ni a tan poco.

Carmen Resino

